

El español: lengua atlántica

Julio Ortega

I

► Cervantes solicitó un trabajo en Indias quizá porque, como sugería el Inca Garcilaso de la Vega, el Nuevo Mundo fue la realización de España: un territorio de modernidad adelantada por la fecundidad de la mezcla. Sor Juana Inés de la Cruz, buscando hacer la dirección contraria, en su romance a la duquesa de Aveiro, se ofrece sierva de la gran dama quizá porque sabe que sólo el poder letrado es capaz de recobrarla de sus penurias. Si Cervantes se imagina más libre en América Sor Juana se sueña transportada de la Casa del Respeto (el convento de la sumisión) a la Casa del Placer (el convento de monjas dedicadas a la poesía). José Lezama Lima advirtió que la cultura americana no estaba, como había propuesto Pedro Henríquez Ureña, “en busca de su expresión”, porque la tenía plena en el barroco. La americana materia abundante (oro, plata, tabaco, chocolate, piña...) reverbera en la Ciudad Barroca, imaginada entre ambas orillas del español atlántico.

El otro gran momento de esa lengua franca fue la constelación “modernista” suscitada por Rubén Darío. Aunque algunos malos conversadores decidieron oponer el “modernismo hispanoamericano” al “noventayochismo peninsular”, ambos son, otra vez, la lengua en el espejo: dos hablas que se refractan como la universalidad distintiva del español. Arte de escribir pero también de pensar desde la literatura, como lo demuestran los mayores continuadores de la innovación de Darío: Antonio Machado y Juan Ra-

món Jiménez. El hispanismo internacional se forjó en esa extraordinaria creatividad de la lengua española atlántica, pronto enriquecida por los exilios.

Como Darío, Jorge Luis Borges excedió las fronteras de la lectura. Convirtió a la filología en hermenéutica y demostró que un texto nunca está del todo acabado; subvirtió la tradición con el relativismo crítico (el *Quijote* es siempre, gracias al lector, otro *Quijote*); reconoció la irreverencia creativa de los márgenes (en español somos dueños de todas las literaturas, más allá del gravamen de la nacional). Así como Darío buscó a través del francés la música del verso español, encontrándose con las formas primarias y los decires más frescos; Borges recorrió la concentración y tensión del inglés, y se propuso decir, en español, más con menos. Aliviar la prosa española de su doble lastre, la prolijidad “municipal y espesa” y la obligación del color local, significó también devolverle al nombre su principio de asombro. Demostró que la literatura puede ser la inteligencia del mundo, cifrado y descifrado como lectura gozosa.

Pero Borges no estuvo solo. Sus prácticas de renovación fueron parte de una extraordinaria encrucijada cultural atlántica, iniciada por Miguel de Unamuno, Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, animada por Victoria Ocampo y José Ortega y

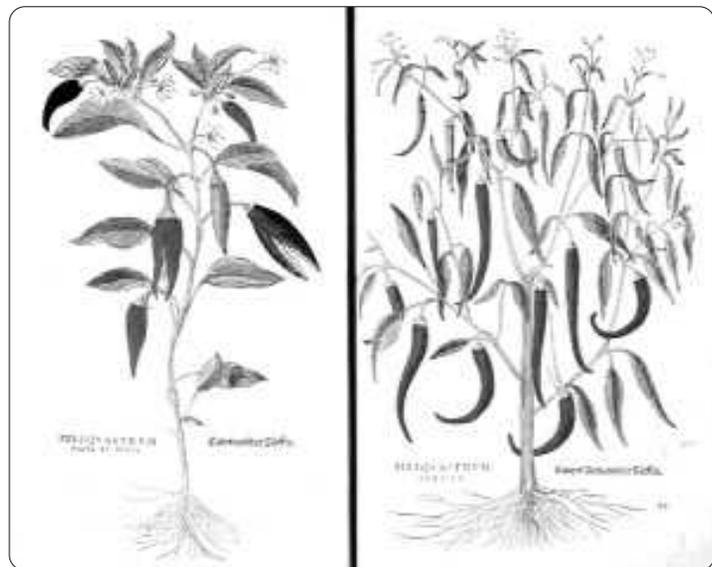


Ilustración 8. Leonhart Fuchs, *New Kreüterbüch*. 1543

- Julio Ortega (Lima, Perú, 1942) es catedrático de literatura latinoamericana en la Universidad de Brown, Estados Unidos, donde dirige el Proyecto Transatlántico.



Ilustración 9. Leonhart Fuchs,
New Kreüterbüch. 1543

Gasset, elaborada por Amado Alonso y Dámaso Alonso, inspirada por Pedro Salinas y Jorge Guillén, y prolongada exquisitamente por Raimundo Lida y Ángel Rosenblat. Ése es el contexto en que aparecen los grandes trabajos de Salinas sobre Darío y de Amado Alonso sobre Neruda. Es, así mismo, el escenario reflexivo donde prosiguen Antonio Alatorre su magisterio en El Colegio de México (lector fidedigno de Sor Juana Inés de la Cruz); Luis Jaime Cisneros en la Universidad Católica de Lima (le debemos la recuperación del cuzqueño Espinosa Medrano, el Lunarejo); y Ana María Barrenechea en el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, fundado por Amado Alonso (la que incluyó en el sílabo filológico a Borges, J. M. Arguedas, Cortázar y Sarduy). En esa familia crítica el hispanismo adquirió mayoría de edad atlántica. En los últimos años, gracias a Francisco Márquez Villanueva y Juan Goytisolo, hemos recuperado la lección crítica de Américo Castro, empezando por la audaz noción de que un texto literario es un documento del espíritu. Del espíritu crítico, habría que añadir, y del territorio de la *geotextualidad* del español universal, que todos ellos forjaron.

Los estudios hispánicos son hoy, entre ambas orillas, una agencia de espíritu creativo y crítico. Un territorio que promedia e intermedia entre las escuelas y los periodos, entrecruzadamente, tramando su linaje y apostando por la diversidad de lo nuevo. Se deben ahora al debate por compartir las diferencias, esto es, la forma global, post-nacional, del imaginario de lo particular. En la política de las interpretaciones, donde disputamos el sentido de nuestra pertenencia y diferencia, el español es un derecho de voz y voto. Una voz que elige.

Cervantes se imaginó sobrevivir en América, Sor Juana en España. Se cruzan ambos en el horizonte de la página de estas sumas.

II

The Chronicle of Higher Education (26 de agosto, 2005) ha dado a conocer las últimas estadísticas sobre los estudios universitarios en Estados Unidos. Vale la pena detenerse en los índices que atañen a las poblaciones hispánicas.

En primer lugar, 18.4% de la población norteamericana habla en casa otra lengua además del inglés. Desde hace ya varios años, el español es esa segunda lengua, y en diez años o poco más Estados Unidos será prácticamente bilingüe. Primero, por el crecimiento acelerado de la población hispánica inmigrante; segundo, y no menos aceleradamente, porque los padres demandan la enseñanza del español en las escuelas sabiendo que sus hijos tendrán un mejor futuro si son bilingües. En las universidades, estudiar una lengua extranjera es obligatorio y la de preferencia, y muy mayoritaria, es el español.

La población hispánica es hoy el 13.7% de los habitantes de EU. Supera, así, a la población afroamericana, que es el 12.8%. La educación superior (junto a la distribución del ingreso y la seguridad médica) ha tenido un bajo índice entre los hispanos, pero las nuevas estadísticas demuestran el notable incremento de concurrencia universitaria. En 1990 había un total de 782,400 hispanos inscritos en las universidades; en 1992 eran 1,661,700. La mayoría de ellos son mujeres: 699,000 hombres y 962,700 mujeres el último año. Una parte de esas nuevas cifras está compuesta por extranjeros que hablan español: en el año académico 2003-2004 se registraron 13,329 nuevos estudiantes mexicanos, 7,533 colombianos, 5,575 venezolanos, 3,771 peruanos, 3,644 argentinos, 3,631 españoles y 2,345 ecuatorianos. (Las cifras no registran menos de 2,000 estudiantes.) De ellos, el incremento más notable fue de peruanos, un 11.7% más que el año anterior. Siguen los venezolanos, con 4.5%, y los mexicanos, con 4.1%.

Las minorías documentan su acceso a la educación superior en los estados tradicionalmente preferidos por la inmigración hispánica (53% de los universitarios son de grupos minoritarios en Nuevo México, 51% en California, 41% en Texas, 37% en Florida); pero es notable el crecimiento, proporcional a la inmigración hispánica, en estados como Illinois (31%) y Nueva York (32%).



Ilustración 6. Del *Libellus de Medicinalibus Indorum Herbis*. Tlatelolco, 1552

En contra de los presagios, el español que se habla en Estados Unidos es cada vez más internacional, a la vez operativo y rico de fuentes diversas. Y no es casual que las literaturas española y latinoamericana hayan ingresado a las aulas no sólo en los cursos de literatura sino también en los de lengua. Ya los estudiantes de secundaria aprenden el español leyendo textos literarios. Y aunque la oferta bibliográfica se ha acrecentado, todavía no hay una producción de libros orientada a estos nuevos públicos.

El otro día, al comenzar un nuevo curso, les pedí a mis estudiantes comprobar en distintos diccionarios españoles las entradas “hombre” y “mujer”. La clase concluyó que nadie definiría hoy con tanto menoscabo a las mujeres y con tanta superioridad a los hombres. Y no sólo porque sea “políticamente incorrecto”, sino por mera estadística: en mi clase treinta y siete chicas se hicieron cargo del debate frente a cinco chicos resignados a las evidencias. Esto es, ya nadie habla como nuestros diccionarios.

Pero, ¿qué tienen en común estos jóvenes norteamericanos con los jóvenes que hablan catalán o quechua, gallego o guaraní, vasco o maya? El español, naturalmente. Porque el español es la lengua franca transatlántica: es la identidad común que compartimos los pueblos iberoamericanos, y que nos permite la civilidad moderna de lo plural y lo diverso, de la memoria y el porvenir.

Por eso pienso que la educación universitaria futura permitirá que todos estudiemos estas lenguas gracias a que compartimos el español que las alberga en su nueva geografía cultural. ~